

—Madre—le decía—esto no es razonable; ¡acabaréis por quitaros la vida!

—Hijo, trabajas demasiado; alguna desgracia nos sucederá—le contestaba; y ambos dirigían la vista hacia la niña, que en el sueño más profundo y apacible dormía en su cama. A esta vista ambos callaban, y sonreían á la vez. Luego, después de haber comido un bocado, Leonardo volvía á su obligación; la vieja ayudaba á Julieta á vestirse; y cuando la dejaba en la academia, iba al *faubourg* de San Martín, á media legua de distancia, á arreglar la habitación de un dependiente de una casa de comercio que le daba cinco francos al mes.

En esta época la lotería tocaba á su fin; pero sin embargo existía, aunque acusada por las Cámaras y amenazada de ser puesta fuera de la ley.

Una mañana, al salir Mme. Toureau de su casa, oyó ruido de tambores y pitos, observando al mismo tiempo un grupo de gente delante de una tiendecilla de comestibles situada en la esquina de las calles de Montmartre y el Cuadrante. En el primer momento de sorpresa sólo vió uniformes, morriones y plumeros, y creyó que habría ocurrido alguna riña, alguna desgracia.

—¿Vienen á arrestar á alguien?—preguntó á una de sus comadres que estaba inmediata suspirando y levantando los ojos al cielo.

—¿Cómo! ¿arrestar á alguien? ¿estáis soñando Mme. Toureau? ¿desde cuándo se prende á las gentes al son de la música, y de buena música, de la mejor, la de la lotería? ¿Conocíais á Alejandro, el pinche de Mr. Berioit?

—¡Si lo conozco! Él fué quien me vendió un

pollo fiambre el 6 de Noviembre, hace tres años, el día de mi hijo.

—Pues bien, acaba de ganar un terno, un terno seco; tres mil francos por diez sueldos. No son caros, ¿es verdad?

—¿Y por qué parecíais desconsolada por eso?

—¡Vaya! porque yo hubiera querido que me tocase á mí y no á Alejandro; hace diez y ocho meses que juego un terno y no acaba de salir, y dicen que la lotería se va á cerrar pronto; ya veréis como me falta tiempo. Esto es tener desgracia; ha sido menester que le haya tocado á ese Alejandro que cuenta diez y nueve años de edad y no tiene hijos, mientras yo tengo cuatro, y él se va á comer eso con una cuadrilla de pillos y mujeres de mal vivir. Ahora os pregunto si el cielo es justo, Mme. Toureau. ¿Sabéis que tres mil francos pueden sacar á una de apuros muy lindamente?

Esta última frase fué la que causó más efecto á la honrada Mme. Toureau; ella pensó en que su hijo no tendría necesidad de pasar más noches expuesto al frío y á la lluvia; en Julieta, cuya suerte se vería desde luego asegurada, y el demonio la tentó. Pero para realizar más seguramente todas sus esperanzas, y después de reflexionarlo bien, tres mil francos no le parecieron suficientes; necesitaba seis, y jugó un franco á terno seco con los números 12, 36 y 60. La edad de Julieta, de su hijo y la suya.

Al principio sólo quería hacer un ensayo, una sola tentación, acerca de la cual había resuelto guardar un eterno secreto en caso de no salirle á medida de su deseo; pero pronto se aficionó á ju-

gar su terno, con tanto más ardor cuanto que *la lotería debía cerrarse dentro de poco tiempo*. La de París no le proporcionaba suficiente ventaja, y recurrió á la de Lila, luego á la de Lyon, después á la de Strasbourg y últimamente á las cuatro á la vez, y creciendo sus deseos ambiciosos á medida que el momento fatal se acercaba, dobló sus jugadas y hasta las triplicó.

Leonardo supo al fin que, á pesar de su actividad sobrenatural y la de su madre, había deudas en su casa. Los proveedores se negaban á dar más crédito y enviaban sus cuentas, lo que no le había aún sucedido. Él no podía explicarse de qué procedía aquella progresión tan rápida en los gastos, y quiso ver las cuentas; la primera cosa que se ofreció á su vista cuando la buena mujer se las presentó, fué un billete de lotería ya antiguo.

Inmediatamente conoció la causa del mal. Adoraba á su madre, la respetaba, era demasiado semejante á él en sus sentimientos para no haber adivinado en el momento los motivos generosos que la habían impulsado á cometer esta falta, y no quiso humillarla con reconvenciones, contentándose con dar curso en su presencia al dolor que le causaba su embarazosa posición: esta simple demostración bastó á la buena vieja, que le juró no volver á jugar más y que le cumplió la palabra.

Dos meses habían transcurrido desde que se verificó esta explicación, que permaneció oculta como un misterio entre la madre y el hijo, el cual no pensaba más en ello. Un empréstito de cincuenta escudos, hecho á su amo, había cubierto el déficit, y en la modesta morada del cochero, todo

había vuelto al estado normal, cuando una mañana al despertar Julieta contó á sus buenos amigos el sueño que acababa de tener y del que estaba aún sorprendida.

—Me encontraba en medio de un bosque—dijo—en un lugar solitario, agreste, en que había aguas vivas y rocas delante de mí, y á mi izquierda un largo sendero arenoso que daba vuelta repentinamente alrededor de una colina. Estaba pintando un fresno, un fresno enorme, como quien dice, el rey del bosque.

—¿Y estabas sola?—preguntó Mme. Toureau.

—Absolutamente sola—contestó la niña.

—¡Qué imprudencia!—dijo en voz baja Leonardo.

—Toda mi atención—contestó Julieta—la tenía puesta en el árbol, en sus grandes ramas, en sus hojas relucientes, en su tronco arrugado, verdoso y amarillento, cuando dos figuras siniestras se dejaron ver en el sendero: eran dos hombres barbudos, muy feos, que sólo podían tener malas intenciones.

—Ladrones ciertamente—dijo la vieja.

—Uno de ellos tomó á la derecha y otro á la izquierda—añadió Julieta;—pero ambos, sin dar á entender que me miraban, se acercaron á mí por un camino distinto, cuando de repente se volvieron tendiéndome los brazos y haciendo gestos horribles.

—¡Tunantes!—exclamó Leonardo.

—¡Vaya! Yo me asusté mucho, tanto que el miedo no me dejaba fuerzas para gritar ni para moverme. Sin embargo, no sé por qué, me parecía que si me dirigía hacia el fresno me vería libre.

Esta era mi idea, pensando que como acababa de hacer su retrato, debía amarme y protegerme. Era una idea muy rara, ¿es verdad? Pero ya sabéis, en los sueños..... En consecuencia, hice un esfuerzo para ir hacia él, pero no pude conseguirlo; mis pies habían echado raíces en el suelo. Estaba perdida, porque los dos hombres barbudos seguían acercándose é iban á cogerme.

Leonardo cogió convulsivamente una silla que estaba cerca de él y la enarboló con gesto amenazador.

—En aquel momento—continuó Julieta—el fresco vino á socorrerme. Los dos hombres se detuvieron entonces y se echaron á reír viéndole andar; pero inmediatamente el tronco del árbol se abrió como un armario y salieron cuatro soldados muy hermosos, con uniformes galoneados y grandes sables. Todos cuatro llevaban dormanes forrados de piel encima del uniforme, y de su cintura pendía una especie de bolsa de cuero.....

—¡Portapliegos! eran húsares—interrumpió Leonardo.

—Colocáronse en línea delante de mí, y lo que más me admiró es que cada uno llevaba en la bolsa un número diferente.

—¡Un número!—exclamó la vieja, y mirando á su hijo no se atrevió á decir más.

—¡Cada uno el suyo!—replicó Julieta.

—¿Cada uno el suyo?—repitió Mme. Toureau; ¿y luego?

—¡Luego! Á la vista de los soldados los hombres barbudos huyeron, y yo estaba fuera de todo riesgo cuando desperté.

Después de la narración de Julieta, la vieja permaneció pensativa.

—¡Qué de tonterías se sueñan!—exclamó Leonardo, avergonzado de la emoción que había manifestado tan fuera de propósito, y sentándose en la silla que aun tenía en la mano maquinalmente.

Los tres almorzaron en familia, hablaron de cosas indiferentes y el sueño parecía olvidado. Sin embargo, debía tener sus consecuencias y ser causa de un gran cambio en la existencia de Leonardo y los suyos.

Al conducir á Julieta, no ya á la academia, sino al taller, la madre de Leonardo, después de mil preámbulos y varios circunloquios más ó menos diestros, preguntó á Julieta:

—¿El primero de los húsares que viste en sueños llevaba en el portapliegos el número 12?

—No, pero poco le faltaba; era el número 11; ¿por qué me lo preguntáis?

—Por nada, por nada.....—pensaba.—¿Y el segundo? ¿el 36 tal vez?

—No, el 22; exactamente el doble del primero. ¡Oh me acuerdo perfectamente. Todavía los veo en guarismos dorados, sobre un fondo negro de charol que saltaba á los ojos.

—11, 22—pensó la vieja—he aquí un ambo. ¿Y el tercero?

—31.

—¡Bien! ¡ah! tienes muy buena memoria. ¿Estás segura que no te engañas?

—Ya lo creo; no es muy difícil retenerlos cuando se han visto.

Y la buena vieja volvió á decir entre sí:

—11, 22, 31; exactamente tres números de la lotería; un terno, y seguramente mejor que el mío.

¡Oh! ¿por qué no ha soñado antes? ¿No dices que había cuatro soldados?

—Sí; y el cuarto, que era muy buen mozo, tenía, á no dudarlo, el número 77.

La vieja se estremeció; tenía la cuaterna.

Después de dejar á Julieta, Mme. Toureau, al dirigirse hacia el faubourg San Martín, mientras hacía su tarea en casa del dependiente de la casa de comercio, y durante el camino al volver á su casa, no hizo más que decir entre dientes los bienaventurados números, la cuaterna predestinada, para grabarlos en la memoria. Y durante el día y durante la noche, que pasó sin dormir por temor de olvidarlos al despertar, los números 11, 22, 31 y 77 fueron repetidos por ella un millón de veces con los labios y con el pensamiento.

Para fijarlos más profundamente en su memoria, los apellidaba á su manera, aplicándoles á cada uno de ellos la frase adicional é invariable con que Leonardo los acompañaba en el juego de la lotería: 11, las piernas del vecino; 22, los patitos; 31, día sin pan, de miseria en Prusia; 77 las dos horcas. ¡No podían ya olvidarse!

Sin embargo, había hecho juramento á su hijo de no volver á jugar á la lotería. Mme. Toureau no era mujer que faltase á ellos, aunque los hubiese prestado..... á un rey. ¡Pues, bien! por esta vez Leonardo jugaría por ella.

Al día siguiente, no sin nuevos preámbulos, no sin nuevos paráfrasis en espirales y mosaicos, la buena vieja se explicó con su hijo. Leonardo le hizo justas observaciones; esto era arriesgar el volver á las andadas.

—¡Pero no siendo yo quien juega! ¿Quiero yo

acaso jugar? ¿No te he prometido no volver á hacerlo?

—Madre, cuando menos, será dinero perdido, y no tenemos mucho.

—¡Y si fuese dinero ganado! ¡un caudal! ¡y qué caudal! Escucha, hijo; un sueño es á veces un aviso del cielo, y los de Julieta deben venir de allá arriba. Es oro en barras; tengo confianza. Además, nada nos costará; no hay que desembolsar un cuarto. Ahí tengo una medalla antigua del Consulado, que era mi moneda de fortuna, y será una suerte más. El platero de enfrente me ha ofrecido dos francos por ella. Aquí está; corre, y vé pronto á la administración; no hay un momento que perder; mañana sale la lotería de París.

Cuando Leonardo volvió á la tarde, su madre, que estaba en gran conversación con su vecina Mme. Lardenais, le hizo señas de no decir nada delante de ella, porque la pintora de estampas era de un carácter despreocupado y no creía ni en sueños ni en la lotería, y Mme. Toureau temía perder su estimación dándole parte de sus esperanzas, ó ser objeto de sus burlas si no tenían buen resultado. Sin embargo, llamó á su hijo aparte y le preguntó si había jugado los números.

—Está hecho—contestó Leonardo;—y hasta he añadido un franco de mi bolsillo. ¿Estáis contenta?

Apenas salió, cuando la buena mujer, por una de esas mil contrariedades naturales al corazón humano, no pudiendo resistir á los impulsos de la sola idea que la dominaba entonces, lo contó todo á su vecina, que en efecto se rió mucho de su credulidad.

Aquella noche Leonardo no volvió, porque le tocaba el servicio extraordinario.

A pesar de haber pasado en blanco la noche precedente, Mme. Toureau durmió muy poco, y durante los cortos instantes que se entregó al sueño, Julieta, que estaba acostada á su lado, la oyó agitarse convulsivamente repetidas veces, gritando: 11, 22; ¡los patitos, las dos horcas! Sin embargo, al fin la naturaleza hizo valer sus derechos, y aunque la mañana estaba ya muy avanzada, la vieja, recobrando el tiempo perdido, estaba aún sumergida en una profunda inmovilidad reparadora.

De repente llamaron á la puerta.

—¿Quién está ahí?—preguntó Julieta, que estaba ya levantada.

—¡Soy yo! ¡soy yo! ¡abrid pronto! dijo una voz, la de la vecina.

La madre Toureau se despertó sobresaltada, se arrojó de la cama, y mientras se echaba un vestido con precipitación, creyendo que estaba la casa ardiendo, Julieta abrió á Mme. Lardenais, que pálida, asustada y temblando, dijo dirigiéndose bruscamente á la viuda Toureau:

—¿No me habéis dicho once?

—¿Once qué?—preguntó ésta como fuera de sí.

—¡Ah! ¡11! ¡las piernas del vecino!..... once..... sí..... ¿qué hay?

—Que ha salido.

—¿De veras? ¿y el 22?

—También ha salido.

—¿Y el 31? ¿y el 77?—preguntó la vieja casi sin aliento.

—¡Todos han salido! ¡Tomad! ahora mismo

acabo de comprar esta lista en la administración de la calle de Montmartre.

—¿Una cuaterna!

La casa parecía hundirse con la alegría de las tres dichosas criaturas, que se arrojaban en los brazos unas de otras llorando, que se miraban, se consultaban para asegurarse que no habían perdido el sentido; luego, después de un momento de silencio, se ponían á saltar, á gritar, á bailar, las dos viejas principalmente, porque la joven se asociaba á su alegría sin casi preguntar la causa.

—¡Una cuaterna! ¡Un millón! repetían. Y madame Lardenais tiraba por alto su cofia, sin cuidarse de sus cabellos blancos que no se habían mostrado al público hacía mucho tiempo; mientras la económica Mme. Toureau, para dominar los excesos demasiado violentos de su dicha, cogía su vajilla, sus muebles, y los rompía todos.

En aquel momento se dejó oír una música en la calle, y la puerta se abrió con cuidado; era Leonardo, con una cara radiante y ocultando algo bajo los pliegues de su capote. Todas se arrojaron á él.

—¿Qué tenéis todas?—exclamó, protegiendo con sus brazos el paquete que traía; ¡los cabellos flotantes.... la vajilla rota!..... ¡caso estáis riendo! ¡oh, oh!

—¿No lo sabes aún, hijo? ¿no has visto la lista? Y la música, ¿no la oyes?

—¿La música? Es un organillo que pasa..... ¿y qué?

—Que la cuaterna.... ha salido.... ¡un millón! ¡Somos millonarios! ¡gracias á Julieta, á su sueño, á sus húsares! ¡gracias á la lotería, en fin!

Leonardo abrió los ojos extraordinariamente,

sus facciones se contrajeron y se puso pálido como la muerte.

—¡Una cuaterna! ¿ha salido? ¿estáis seguras?

—Toma, mira la lista.

—¡Dios mío, Dios mío!—exclamó al fin Leonardo con una voz desconsolada.—¡Una cuaterna!..... ¡la lotería!..... ¡Pero si no he jugado, madre!

Un triple grito se oyó.

—¡No tengas tales chanzas, muchacho!—dijo su madre medio enfadada, medio cariñosa, y con una risa forzada;—ya ves que haces mal. ¡Oh! seguramente has jugado; tú me lo has dicho. Además, ¿qué tienes guardado bajo tu capa? ¿un saco de dinero sin duda? un gran saco lleno de oro..... de billetes de Banco, ¿es verdad? Veamos, veamos; no nos hagas sufrir más tiempo. ¿Acaso no te vi entrar en casa del platero á cambiar mi moneda? Tú has añadido por tu parte..... ¿Era para jugar á la lotería?

—¡Era para comprar esto!—contestó Leonardo, cuyas facciones habían pasado del color blanco al purpurino. Y levantando su capote echó sobre la mesa un objeto cuidadosamente envuelto en un pliego grande de papel.

Aquel papel contenía una cofia para Julieta.

Aquella cofia había costado un millón.

QUINTO VIAJE.

EL INGLÉS.—METAMORFOSIS.—UN LECHO DE MUERTE.

Nuestro amigo tardó algún tiempo en reponerse de su sorpresa y aflicción, y no se consoló hasta que hubo ofrecido á su madre y á Julieta, no una compensación de lo que les había hecho perder, sino al menos alguna mejora en su condición. Para conseguir este objeto no le arredró la idea de enajenar su libertad, su libertad que le era tan querida, su vida indiferente é independiente en las calles de París, renunciando á sus lecturas, mientras estaba esperando parroquianos, ó sus conversaciones durante los viajes; dejó su cabriolé, su morada ambulante, donde no le faltaban buenos encuentros, donde con suma facilidad tenía tantas ilusiones de felicidad; separóse de su caballo, de su caballo á quien quería como un árabe al suyo; de su caballo que por espacio de ocho años no había sido cuidado por otras manos sino por la suya. Por Julieta hizo mayor sacrificio aún: consintió en no vivir bajo el mismo techo que ella y en verla pocas veces.